

Raquel se puso a reflexionar sobre cómo había sido el año para ella, pues en apenas diez días llegaría a su fin para empezar uno nuevo. Realmente se le había hecho corto: se había dedicado a seguir lo que podría decirse un guión previamente escrito, sin salirse de él para nada: sus estudios de Biología, sus tres días semanales yendo a la piscina, sus visitas a la residencia visitando a su abuela Asunción, y sus días esporádicos de llevar al colegio a su prima Yolanda, de seis años (cuando los padres de ésta debían ausentarse desde el alba hasta el anochecer, por temas de negocios). Prácticamente no había hecho nada más en todo el año, o al menos eso era lo que creía su familia.

Pero en verano, en el mes de julio, había visto por primera vez a Helena, con quien llevaba algunos meses comunicándose, cada vez más a menudo, a través de la red social Twitter. Se seguían mutuamente en esta red social, y se notaba que había cierta química entre ellas, pero no fue hasta verano que decidieron dar el paso de conocerse personalmente. Bueno, el paso lo había dado Raquel, que era de las dos la más decidida. El caso es que se habían conocido por casualidad. Simplemente, un día, Raquel marcó un “me gusta” en un tweet de Helena. Ese había sido realmente el comienzo de todo. Habían pasado un verano de ensueño. Las dos coincidían en que había sido el mejor verano de sus vidas, y es que Raquel tenía una torre en su propiedad, a pesar de su juventud (tenía veintitrés años, los mismos que Helena) debido a que sus padres hacía un año y medio habían fallecido en un accidente de coche y, al ser hija única, había heredado la torre de Valencia, en la que habían vivido siempre, y hasta terminar sus estudios podría vivir de rentas. Helena estuvo quince días del mes de julio y otros quince del mes de septiembre en la torre de Raquel y había sido un verano que jamás olvidarán.

Helena no tenía demasiada familia, únicamente un hermano cinco años mayor que ella, el cual vivía en París desde hacía tres años, pues se había casado y decidió que viviría en la ciudad de su mujer. Apenas viajaba a Barcelona, ciudad donde había nacido y crecido junto a su hermana. Era más bien una persona fría que no solía mostrar sus sentimientos, así que Helena no había tenido más remedio que pasar por momentos de soledad, y de alguna manera, sentir como su familia a sus dos amistades más cercanas. Bien al contrario ocurría con Raquel, quien a pesar de ser huérfana, tenía una estrecha relación con sus tíos Luisa y Roberto, padres de su prima Yolanda, además de sus tíos paternos, David y Antonia, que a su vez tenían tres hijos, todos ellos con mucha estima hacia Raquel, aparte de su abuela Vicenta a quien periódicamente visitaba en la residencia, y su abuelo paterno Julio, que, aunque vivía solo porque era viudo, también tenía con ella y con el resto de su familia buena relación.

Los dos mejores amigos de Helena, a quienes había conocido hacía cinco años en un camping (quienes eran para ella como hermanos), Laura y Enrique, sabían de la relación de ésta con Raquel, pero en la inmobiliaria donde trabajaba, ningún compañero ni compañera, ni ningún jefe, sabía nada. Ni siquiera sabían que Helena únicamente se podría enamorar de una mujer, y no de un hombre, tal como daban por hecho en el día a día de la empresa, con los típicos comentarios que todo/a homosexual nos hemos escuchado en algún momento de nuestra vida, del estilo: “cuando tengas novio ya nos invitarás a la boda”. Siempre era lo mismo. En todas partes. Siempre se le suponía un novio, un marido, un amante... jamás una novia, una esposa, una amante. La inercia social que, aunque en algunos casos sea sin intención, conlleva a la invisibilización y discriminación, haciendo que las personas LGTBI seamos un tema tabú.

Aunque Raquel vivía y estudiaba en Valencia, y Helena vivía y trabajaba en Barcelona, una vez pasado el verano y terminadas las vacaciones de ambas mantenían contacto a diario a través de llamadas telefónicas y, cómo no, continuaron con sus mensajes de Twitter ya que, al fin y al cabo dicha red social era lo que las había llevado a conocerse, es decir, las había unido. Y además los fines de semana los pasaban juntas, alternando la estancia en Valencia y en Barcelona.

Volviendo al inicio de esta historia, se acercaban las navidades. Raquel le había preguntado a Helena, unos días antes, dónde y con quién las iba a pasar, y Helena, con voz triste, le había dicho que lo más probable sería que las pasaría en soledad, pues con sus dos amigos, (a diferencia del año anterior, en el cual su amigo Roberto le había hecho un hueco en su casa), no podría contar, porque la familia de Roberto, en concreto su padre, era un hombre tosco y de mal carácter, quien había hecho el año pasado la excepción de acoger a Helena en su casa los días más señalados, debido a que ese año habían fallecido sus padres. Pero este año no estaba dispuesto a, como él mismo decía, “repetir la historia”, y su amiga Luisa tampoco iba a poder estar con ella, pues se iba a Australia con su novio y su familia; ya lo tenían planeado. A Raquel, al saber aquello, se le partió el alma, y en seguida se puso a pensar qué podía hacer para que Helena, su amada, no pasase sola las navidades. En un gesto de bondad y coraje, dijo a su familia (quienes irían a su torre a celebrar las fiestas), que estas navidades iba a venir a casa “alguien especial”. No especificó nombre, ni sexo, ni ningún otro dato. Solo dijo que era una persona especial. Llegó la noche del veinticuatro de diciembre, y toda la familia se encontraba reunida en la torre. La cena ya estaba servida, todo estaba a punto para la cena de nochebuena. Justo cuando iban a empezar a cenar, llegó Helena. Lo habían planeado así las dos. Con la familia sentada en la mesa, y Helena recién llegada, Raquel dijo a su familia:

- Esta es la persona especial que os dije que vendría. Se llama Helena. Nos queremos y si todo

va bien, en un par de años, que habré terminado los estudios, tenemos previsto casarnos.

Todos, excepto los niños, pusieron cara de asombro y guardaron silencio durante unos segundos. Su tío, entonces, le dijo:

- ¿Es esto cierto? No nos habíamos imaginado nunca que nos dirías que tienes a una mujer por pareja, en lugar de a un hombre. ¿Y dices esto delante de los niños y los abuelos, y en Navidad?

Raquel sonrió y les dijo:

- ¿Dónde está el problema? Yo la quiero, y ella a mí también. Los meses que hemos estado juntas han sido los más felices que hemos vivido, y queremos compartir nuestras vidas, seguirnos queriendo, tal como hacéis vosotros con vuestras respectivas mujeres o maridos. Esto es así, y si me queréis, tal como decís, no os enfadéis, ni sintáis decepcionados de lo que es, al fin y al cabo, la felicidad de vuestra Raquel de siempre. Nada cambia, sigo y seguiré siendo la misma, pero ahora, enamorada y feliz. ¿Es eso un delito?

Su tío le respondió:

- No es ningún delito. Nunca nos habíamos planteado que estarías con una mujer y nos hemos sorprendido. Creo que es más la dramatización y el estigma social que hay, que un problema en sí. Tienes razón. Nos alegramos por ti y esperamos ir a tu boda.

Los niños y los abuelos aplaudieron. Helena decidió que haría lo mismo en la inmobiliaria, que anunciaría su enlace con Raquel. Esta historia nos enseña que a menudo es mucho mayor la inseguridad, el miedo, la vergüenza que tenemos interiorizados, simplemente por amar, que un verdadero drama. Demos el paso: habrá a quien quizá le costará de entrada, pero si realmente nos quiere, nos querrá tal cual somos, y habrá a quien ni siquiera le costará ver ni entender que el amor jamás debe ser objeto de vergüenza.